

Los jardines de la poesía y de la crítica

“Óyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oídos”

Sor Juana Inés de la Cruz

Hay jardines en los que los críticos se encuentran con los poetas. Parterres (como llama Leónidas Lamborghini a esos poemas que se mezclan con otros, titulados “bosquecillos”) con senderos regulares o irregulares, pretendidamente eternos o históricos a conciencia; laberínticos o estabilizados en una geometría. ¿Cómo recorrer esos senderos? ¿El crítico como jardinero o como un flâneur que se deja asaltar por el azar? ¿Hay un jardín o varios exclusivos de los críticos, cercados por la hermenéutica?

Lo que sabemos es que hay muchos jardines en la poesía latinoamericana: de los anchos parterres de Leónidas Lamborghini, en los que se encuentran “Poetas esperando la inspiración de su Musa”, o “Poetas soñando su poema”, al jardín entrevisto a través de la ventana por Diana Bellessi, el del suelo tapizado de “orquídeas diminutas” que deberían preguntarse por la brevedad de la vida, que es, sobre todo el lugar en que “la lengua puede desatarse para hablar”. De los jardines encantados de Rubén Darío, en los que la condesa coquetea con el abate y el vizconde, en el espacio de “un aire süave”, mientras “sobre el tallo erguidas las blancas magnolias” “acariciaban los sedosos trajes”, a los jardines sombríos, “el jardín de mandrágoras” y los patios de Marosa Di Giorgio, en donde descubre “la áspera magnolia”. De los jardines crepusculares de Lugones, en donde los versos del viejo Anacreonte “Se iban flotando como polen de oro/ Sobre las alas de invisibles mariposas”, a los “setenta balcones y ninguna flor” de Baldomero Fernández Moreno, que interrogan el deseo: “¿Ninguno desea ver tras los cristales/ una diminuta copia de jardín?”. Pero también desde el prado de Sor Juana Inés de la Cruz, “galán de las flores”, cruzado por un “arroyo parlero” en el que “la liebre encogida/ Huye medrosa de los galgos fieros”, a la selva de Paulo Leminski, esa en la que ingresa Renatus Cartesius en *Catatau*, intentando adaptar un paisaje razonable: “Olho grego vê selva africana, e diz para orelha egípcia: ainda falta muito para ser selva grega.” Y más, la “fécula zona” de Andrés Bello que ordena el jardín productivo de la agricultura en una enumeración sin fin: “la caña hermosa,/ de do la miel se acendra”, “la almendra/ que en la espumante jícara rebosa”, “tus nopales”, “el vino” “que la herida agave/ para los hijos vierte/

del Anahuac feliz”, la hoja del tabaco, “el maíz, jefe altanero / de la espigada tribu”; ese mismo “jardín” que Vallejo saca de la geometría abstracta de Bello y pone en relación con la vida social cuando dice “estoy triste/ hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,/ de ver al pan, crucificado, al nabo,/ ensangrentado,/ llorando, a la cebolla,/ al cereal, en general, harina,/ a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo”. Un jardín que es floresta clásica pero atravesada por filigranas del siglo de oro y el fin de siglo en Lezama Lima, cuando “En chillido sin fin se abría la floresta” y en el mismo paisaje deslumbran “Orientales cestillos” que “cuelan agua de luna”, o un jardín como un “parque desierto una mañana/ junto al río irrepitable en donde entraba/ (y no lo hará jamás, nunca dos veces)/ la luz de octubre rota en la espesura”, tal como se lee en unos versos de José Emilio Pacheco.

No todo es jardín en la poesía, claro está, habría que pensar en una topografía que rescribe el lugar poético: los desiertos de Raúl Zurita, la sierra de José Watanabe o César Vallejo, las orillas o los patios de Jorge Luis Borges, el río o los ríos de Juan L. Ortiz (evocados de alguna manera en la maravillosa foto que nos cedió Adriana Astutti para abrir este número), el Sertão de João Cabral de Melo Neto que propone “Uma educação pela pedra”, y podría situarse junto a ese “Idilio” de Pacheco, en el que “el mundo/ volvía a ser un jardín”.

¿Y cuál sería el lugar de la crítica? ¿Se trata, como ya dijimos, de un jardín cerrado sobre sí mismo? Creemos, en realidad, que no hay un solo jardín para la crítica, sino varios y tejidos de tensiones internas, de acuerdos y disidencias; sostenemos, además, que esos jardines no son exclusivos de los críticos, que allí está la poesía, que allí están los escritores, las editoriales, los gestos culturales, los momentos políticos en los que estos escriben y en los que nosotros pensamos la escritura crítica. No hay un jardín encantado para la crítica; no se lee poesía desasido de aquello que nos formó como investigadores. Por eso pensamos, cuando se gestó la idea de esta revista, *El jardín de los poetas*, en un espacio académico y a la vez público, ya que surge de un proyecto presentado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y asociado a Universidades públicas: uno y otras son la sede de investigación de las cuatro personas que comenzamos a imaginar una revista de teoría y crítica de poesía latinoamericana. Y dado que se trataba de escribir sobre poesía latinoamericana, el espacio no podía ser sino colectivo. Por esta razón invitamos a una serie de prestigiosos investigadores, de lectores atentos de poesía que trabajan en distintas universidades de América Latina a formar el consejo editorial: ellos son Luciana Di Leone, Fabián O. Iriarte, Adriana Kanzepolsky, Fabio Morábito, Julio Ramos, Antonio Carlos Santos y Gina Saraceni, y agradecemos su aceptación al convite. Un jardín, entonces, asociado a lo



público, en el que nos proponemos generar lazos entre pares pero también con los poetas, indagar la poesía que se escribió y se escribe en los distintos países de América Latina. En este sentido, además de los artículos específicos, hemos decidido incorporar dos secciones, “Antología” y “Rescate”, en las que aparecen panoramas poéticos (los dos son, en esta oportunidad, centroamericanos, y ambos nos llevan a repreguntar por el presente y lo contemporáneo). Indagar esa poesía, decíamos, atentos a su singularidad pero dispuestos a revisar el mito de su separación y su hermetismo. Un jardín al que se ingresa a escuchar la poesía, aunque haya que escucharla con los ojos. Porque *El jardín de los poetas*, además, pretende ser un espacio en el que se pueda poner a prueba la escritura crítica, con conocimiento de las pautas “científicas” –con respeto por las posturas teóricas– pero sin desalojar formas cercanas al ensayo, en tanto reflexión sobre una experiencia de lectura. Un espacio abierto, en fin, que puede repensarse y reformularse a sí mismo día a día. Este número 1 de la revista, es la primera parada de un proyecto que comenzó hace ya casi dos años y que abre –este es el deseo y el compromiso de trabajo– un diálogo futuro.

Ana Porrúa / Irina Garbatzky / Ignacio Iriarte / Matías Moscardi